

El Laboratorio De Timbalosky

Y LA BASE SUPERSECRETA

• INCLUYE
EXPERIMENTOS
CASEROS



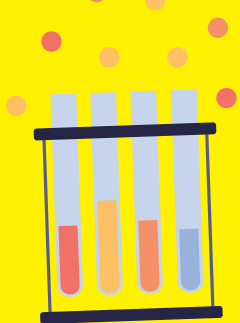
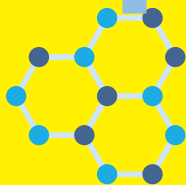
Timba Vk Invictor

TEAMCOMPAS

mī



Timba Vk Invictor



ÍNDICE

Capítulo 1

El mejor científico de la ciudad, 10

Capítulo 2

Sueños rotos, 22

Capítulo 3

El casting, 38

Capítulo 4

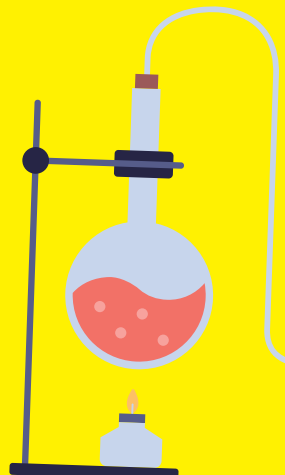
El plan maestro, 52

Capítulo 5

El barco hundido, 64

Capítulo 6

El animal extinto, 78



Capítulo 7

La avalancha, 94

Capítulo 8

Dentro del volcán, 106

Capítulo 9

El volcán despierta, 120

Capítulo 10

La base secreta, 132

Capítulo 11

Un error de cálculo, 146

Capítulo 12

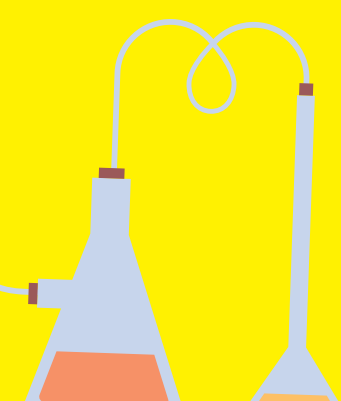
Viajes en el tiempo, 160

Capítulo 13

El meteorito, 176

Epílogo

188



Capítulo 1

El mejor científico de la ciudad

—Venga, profesor Timbalosky —dijo la mujer del aburrido traje de chaqueta rojo y el cabello ondulado de media melena teñida de negro oscuro—. No tengo todo el día.

—¡No se le puede meter prisa a la ciencia! —gritó el científico.

La mujer se cruzó de brazos y puso una mueca de desagrado en cuanto lo vio sacar un montón de dispositivos de una enorme maleta y esparcirlos por el suelo.

—La ciencia no tendrá prisa, profesor. —La cara de la señora se puso casi tan roja como un tomate de puro enfado justo antes de gritar—: ¡Pero yo sí! ¡La ciudad de Kass Valley no va a gobernarse sola! Quiero ver algunos de los prototipos de sus últimos inventos ya.

—Bueno, bueno, no se preocupe —contestó algo incómodo Timbalosky—. Solo deje que busque un invento genial y perfecto para empujar la presentación de mi maravillosa ciencia.



Vicenta la Presidenta estaba realmente enfadada. Y se le notaba. Los agujeros de la nariz se le habían ensanchado tanto que le cabrían no uno, sino dos dedos a la vez en cada orificio. Además, miraba el reloj a cada rato mientras daba nerviosos golpecitos con el tacón de su zapato derecho en el suelo de mármol de su magnífico despacho, en la casa presidencial situada en el centro histórico de Kass Valley.

—A verr que busque bien... —murmuró el inventor rebuscando entre sus cacharros.

Timbalosky era, para la presidenta, un científico loco. Su mirada perdida, las manchas de su bata y el caos que siempre lo acompañaba la ponían tremendamente nerviosa. Pero como en el pasado había mostrado una gran capacidad para inventar cosas que habían sido de ayuda a la ciudad —y a su Gobierno—, quería confiar en él.

—Mi paciencia tiene un límite, profesor —dijo Vicenta la Presidenta fulminando al científico con la mirada y resoplando por la nariz como un toro bravo.

—¡Eureka! —gritó de pronto Timbalosky.

—Perdone, Eu... ¿qué? —preguntó la mujer levantando una ceja.

—Eureka es lo que desimos los ggrandes genios como yo cuando tenemos éxito, señorra prresidenta —le explicó Timbalosky sin mirarla mientras le daba unas vueltecitas a un frasco de cristal con un líquido de color verde intenso en el interior.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigada por aquel extraño líquido que se movía dentro del matraz, la botella ancha por abajo y de cuello estrecho típica de los laboratorios químicos.

—Esto, querrida prresidenta, es uno de mis últimos ggrandes inventos... Ejem, ejem —se aclaró la voz antes de anunciarlo—: ¡Le prpresento la magnífica Posión de Fuerrsa! Un brrebaje maravilloso



que permite, con un solo sorbito de nada, aumentarr la potencia muscularr de quien la tome, hasiéndole capás de realisarr las mayores prroesas físicas! Y además tiene un gustito a lima con menta, todo muy rico. ¡Pendiente de patente!

—¿Poción de Fuerza? —repitió Vicenta la Presidenta—. ¿Puedo probarla?

—¡Porr supuesto! —exclamó Timbalosky ofreciéndole la botella—. Verrá qué rrica está.

—Hmmm... —La presidenta dudó durante unos segundos y luego le dio un buen trago sin pensarlo demasiado—. No me siento más fuerte. Es más, diría que me siento más débil...



—Oh, vaya —dijo Timbalosky mientras miraba sorprendido a la mujer—. Debo de habermme equivocado en los cálculos.

—¿P-por qué dice eso...? —murmuró la mujer con una voz aguda y apagada como la de una anciana—. ¿Y por qué tengo esta voz? ¿iY por qué mis manos están arrugadas!?

—iNo pasa nada, prresidenta! —aseguró el profesor agitando la mano para restarle importancia—. Se ha vuelto usted una vieja arrugada y decrrépita. Perro se pasarrá en un momentín. Crrreo que deberrría cambiarr unos cálculos porr aquí y porr allá...

—Profesor Timbalosky, vuelva a hacerme normal, maldita... —de repente su voz comenzó a sonar de nuevo como antes y desaparecieron las arrugas de su cara y sus manos— ¿... sea? ¿Es-toy ya curada?

—Pues claro que sí —asintió Timbalosky—. El efecto se pasa extremadamente rrápido.

—Menos mal —suspiró la mujer—. En fin. ¿Qué más tiene?

—iMe alegrra enormemente que me lo prregunte! —dijo emocionado Timbalosky.

A continuación, sacó de entre el montón de cosas un par de botas enormes, que parecían fabricadas en parte con cuero, en parte con metal y también con algunos materiales que no supo identificar.

—¿Unas... botas? —preguntó la presidenta extrañada.

—No son unas simples botas —contestó algo molesto Timbalosky—. *iEstas son las superravansadas Botas Anti-Grravitation Max Plus!* —puntualizó el científico de nuevo como si estuviera en un anuncio de televenta—. *Este es el calzado del futuro, capás de desafiarr las todopoderrosas leyes físicas parra permittirrnos eleva-rrrnos del suelo y flotarr en el aire. Un invento clarramente del futuro, perro hoy. iSoy un auténtico genio!*



—¿Me está diciendo, profesor, que estas botas me permitirán volar? —preguntó entusiasmada la presidenta.

—Bueno, bueno... —Timbalosky le quitó importancia antes de corregirla—. ¿Parra qué querría alguien unas botas parra volarr, cuando puede tener este calzado parra levitarr??

—No veo la diferencia —la presidenta torció el gesto.

—Clarro, porque no es usted una grran científica. —Sonrió con descaro—. Levitarr es una forma de volarr que nos permite elevarrnos de manera verrtical, en lugarr de prropulsarrnos a una gran velocidad que podrría haserr que nos estampárramos contrra el suelo al intentar aterrissar.

—Pues tiene usted razón —asintió ella—. ¿Puedo probármelas?

—Clarro que sí —respondió él.

—Ehm... —dudó la presidenta algo confusa—. ¿Sí a tener razón o sí a probármelas?

—Sí —dijo como única respuesta el desastroso científico.

—Vaaaale... —contestó no muy convencida Vicenta la Presidenta agarrando las botas y poniéndoselas—. ¿Y ahora?

—Ahorra dele a ese botonsito que tiene a la altura del tobillo —señaló Timbalosky.

—De acuerdo, le doy al botón y... ¡AHHHHHH! —gritó la presidenta.

Las botas se encendieron y, en lugar de elevar a la presidenta en el aire, hicieron que se cayera, como si perdiera el equilibrio, dando con el trasero en el suelo con un fuerte golpe.

—¡Timbalosky, ayuda! —gritaba mientras intentaba ponerse de pie una y otra vez, y las botas no hacían más que desequilibrarla y hacerla caer de espaldas o de boca—. ¡¡Timbaloskyyyyyyy!!

—Ya va, ya va —comentó tranquilamente el científico—. Se ve que nesesitan unos leves ajustes.





—¿Leves? —le chilló la presidenta en el suelo, despeinada y lanzando por los aires las botas, que Timbalosky agarró al vuelo antes de que le dieran en la cabeza—. ¿iLeves!? ¡Casi me mato!

—Porr eso digo que nesesitan un parr de ajustes —insistió metiéndose las manos en los bolsillos de la bata y muy tranquilo.

—Mire, no tengo tiempo para más tonterías —dijo la presidenta levantándose y sacudiéndose el polvo y las arrugas de la ropa—. Espero que el próximo invento merezca la pena o perderá su puesto como científico de Kass Valley.

—Vamos, vamos —le restó importancia Timbalosky agitando la mano como si espantara moscas—, no exagerre. Mirre, tengo aquí el mejorr invento de todos. Una marravilla de la siensia más allá de las capasidades de cualquierr otro inventorr.

—Estoy esperando... —dijo Vicenta la Presidenta, que ya se impacientaba.

—¡Con todos ustedes...! —gritó Timbalosky, mientras mostraba un papel doblado, aunque solo hablaba con la presidenta y no había nadie más—: *i... EL MANDO DEL TIEMPO! Un poderroso artilugio que permite romperr las leyes del espasio-tiempo y viajar a cualquierrr momento de la Historia.*

—Profesor Timbalosky, eso... —comenzó a decir en voz baja la presidenta, que señalaba con el dedo lo que tenía Timbalosky entre las manos— ... eso es solo un papel doblado.

—No diga tonterías —respondió el científico desdoblado el papel, que poco a poco se fue haciendo tan grande como una pantalla de cine—. Son los planos de mi grran invento, con todos los datos nesarrios parra su construcción.

—¿Me está diciendo que ni siquiera está fabricado? —le chilló la presidenta—. Timbaloskyyyyy...

—Vamos, señorra, no se enfuresca —dijo Timbalosky mostrándole un montón de dibujos sin ningún sentido para la mujer—. Si me permite enseñarle lo que está aquí escrito...



Mientras Timbalosky seguía explicando un montón de datos matemáticos apuntados en los planos del mando del tiempo, en la pantalla de televisión, que hasta ese momento había estado encendida pero en silencio, apareció el anuncio de un noticiero de urgencia que llamó la atención de la presidenta.

—Calle un momento, profesor —le pidió, y tomó el mando para subir el volumen—. Esto parece importante.

... Como decíamos, algunos astrofísicos han avistado un gigantesco meteorito que se dirige a toda velocidad hacia el planeta. Según los cálculos de estos científicos, la trayectoria es clara y precisa y, salvo que ocurra un milagro, chocará contra nosotros. Las estimaciones aseguran que el punto de impacto será en concreto la ciudad de Kass Valley, que podría quedar totalmente destruida. Y se ha estimado que ocurrirá en el transcurso de tres días.

—¿Ha escuchado eso, profesor? —preguntó Vicenta la Presidenta con la voz temblando por el miedo.

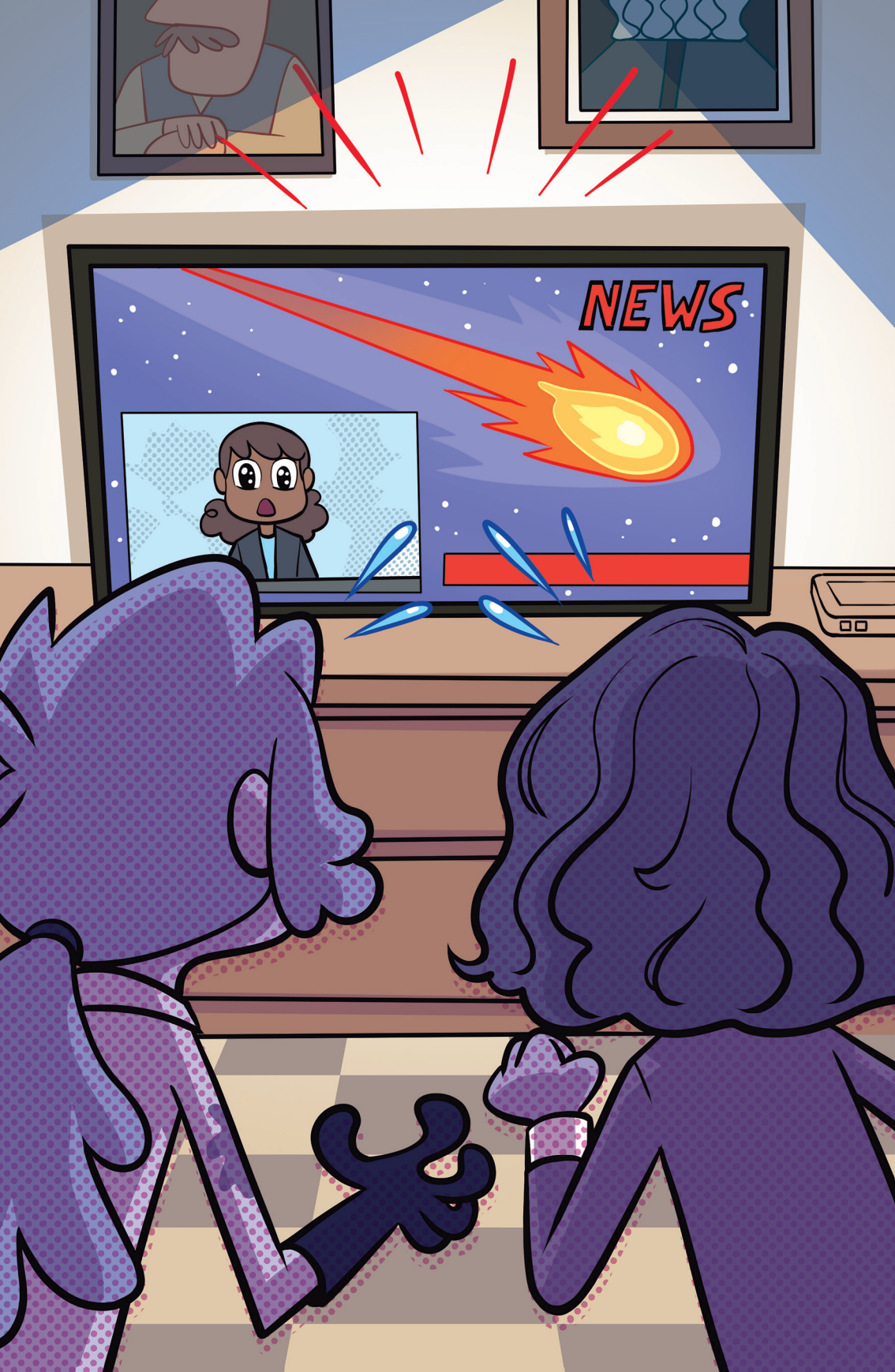
—Clarro que sí, no estoy sorrido —dijo Timbalosky, que volvió a guardar sus inventos pues estaba claro que ninguno de ellos tenía ya la atención de la mujer.

—¡Un meteorito chocará contra el planeta dentro de tres días y nos aniquilará a todos! —le gritó al científico agarrándolo por las solapas de la bata y sacudiéndolo—. ¡Tiene que impedirlo como sea!

—No se preocupe tanto. Esas cosas luego son exageraciones —murmuró el inventor.

—Mire, Timbalosky —lo amenazó Vicenta la Presidenta acercándose tanto al profesor que este habría podido adivinar incluso qué había comido por el olor de su aliento—: o hace algo ya, o





quizá tenga que plantearme muy seriamente darle su puesto de científico principal de Kass Valley a otro.

—¡Ja! —rio Timbalosky—. ¡Nadie me llega a la suela de las Botas Anti-Gravitation Max Plus!

—¿Ni siquiera el profesor Probeta? —dijo muy seria la presidenta mirándolo fijamente a los ojos y cruzada de brazos.

—¿Qué? ¿Probeta? —exclamó Timbalosky dando un salto como un muelle—. ¿Darme mi puesto a mi mayor rival?

—Así es —sonrió ella a sabiendas de que ya lo había convencido.

—¡Jamás le daré mi puesto a ese estúpido prepotente! —gritó Timbalosky levantando el brazo y señalando al techo como si jurara solemnemente—. Mientras yo esté aquí, no hay nada que temer. Tengo cientos de inventos que pueden servirnos para salvar la ciudad.

—Entonces, ¿tiene algo que pueda ayudarnos? —preguntó directamente la presidenta.

—¡Por supuesto! —exclamó el científico—. ¡Uno de mis más grandes e ingeniosos inventos!

—Oh —exclamó sorprendida la presidenta—. ¿Y lo lleva ahí con usted?

—¡Por supuesto... que no!

La presidenta se le quedó mirando enfadada.

—Perro no se preocupe. Tengo todos los planos, la información y la inteligencia para construirlo en un tiempo récord. Solo he de encontrar algunos materiales y...

—¿Y? —preguntó interesada la presidenta.

—Y estaba pensando... —Timbalosky se acarició la barbilla como si tuviera una barba imaginaria— ... que voy a necesitar un ayudante.



